

“Ética en la Educación Universitaria”

Iván y Andrea Novotny

ivanovpdv@gmail.com

Ante todo quiero comentar que esta exposición es el resultado de un trabajo en equipo de Estudiantes de Ciencias de la Comunicación, Ciencias de la Educación y de la carrera de Organización y Dirección Institucional, entre otras.

Pensar la cuestión de la “**Ética en la Educación Universitaria**”, es pensar qué se enseña, cómo se enseña y en función de qué se enseña en la actualidad en las carreras académicas, tanto públicas y estatales, como de gestión privada.

Podemos percibir a grandes rasgos que hoy persiste una **valoración mercantilista y economicista** en gran parte de los claustros académicos y en las políticas educativas nacionales. Donde por un lado, se otorga mayor importancia presupuestaria y política a las carreras “rentables” para el Mercado, como pueden ser las relacionadas a la economía, desprestigiándose las Ciencias Sociales y Humanas, y a su vez se forma al estudiante en función de su inserción en el Mercado y la producción objetual que pueda generar para el sistema. Esto se da como establecido, no se cuestiona, se encuentra naturalizado en los estudiantes y en gran parte de la Comunidad Académica y en la sociedad toda.

Así se le dice a aquel que estudia Filosofía o Comunicación, por ejemplo “de qué vas a trabajar”, como si no diera rédito económico estudiar algo que a uno le guste, y muchas veces los padres orientan a sus hijos hacia carreras tales como administración de empresas, contador publico, como para que “tenga asegurado el futuro”, según dicen, y dejan relegada la vocación, tan importante al momento de elegir una formación universitaria.

Para entender cómo se va conformando esta valoración mercantilista de la educación superior, podemos dar un breve contexto histórico, de la situación económica y política de la década del 90 donde el **neoliberalismo** se implantó como sistema económico y político.

Durante los años 1990 se consolida una profunda transformación social que nació a fines de los años 1970, promovida por las principales potencias capitalistas y sus Organismos Financieros, donde un nuevo orden neoliberal nace basado en la exclusión, la

competitividad, la eficiencia, la eficacia, la calidad pragmatista, favoreciendo a unos pocos y perjudicando a muchos.

En este contexto, en Latinoamérica se construye y difunde un discurso acerca de la “crisis de la calidad universitaria”, debido a una desactualización en los métodos de enseñanza, malas condiciones de estudio generadas por la masividad, falta de bibliotecas, falta de laboratorios; según decía este discurso, similar al que se utilizó para privatizar todas las dependencias del Estado, como la telefonía, los transportes, la energía, argumentando que el Estado no era eficiente para administrar con “calidad” las cosas públicas, por lo tanto tenía que hacerse cargo el sector privado que tan bien sabe administrar todo. Olvidaban decir que en función de sus mezquinos intereses económicos, claro. Según este **discurso neoliberal** acerca de la crisis de calidad universitaria, se considera que el aumento de matrícula, asociado a la falta de recursos, provoca un descenso de la calidad. En otras palabras, la crisis de la calidad hace referencia en dicho discurso al deterioro de la educación universitaria, a la devaluación de credenciales y a la pérdida de la excelencia a causa de la masificación, de la gran cantidad de estudiantes que asisten a las universidades de Latinoamérica.

En este marco de neoliberalismo se da una reestructuración de relaciones entre **el Estado, la Educación Superior y la Sociedad** y en este proceso juegan un papel fundamental los organismos financieros internacionales, particularmente el Banco Mundial, ya que sus diagnósticos inciden tanto en la visión construida en torno a la crisis de calidad del sistema universitario como en la orientación que asumen las reformas en los países de América Latina.

El Banco Mundial en su documento *Peligros y Promesas de la Educación Superior en los Países en Desarrollo* (2000), revaloriza las contribuciones de la Educación Superior al desarrollo económico y social en los países periféricos.

“La Universidad debe servir a los gobiernos, a las empresas y para mejorar los ingresos de las personas por medio del ejercicio de las profesiones.”

Por otra parte, el Banco Mundial considera que la crisis del sistema universitario en la década del noventa se debe a la fuerte dependencia del financiamiento gubernamental así como también a las condiciones adversas en que se desarrollan las actividades académicas (masificación, falta de recursos, entre otros).

Entonces nos preguntamos ¿La crisis de la calidad universitaria se debe a la masificación del acceso a la Universidad y al financiamiento gubernamental como afirma el Banco Mundial? ¿O es que los organismos financieros internacionales elaboraron este Discurso para justificar sus políticas privatistas y mercantilistas para la Educación Universitaria? Sin duda que a los representantes y dirigentes de estos organismos les vendría muy bien un cursillo sobre Ética.

Marcela Mollis sostiene que la reestructuración en las relaciones entre el Estado, la Educación Superior y la Sociedad

“Produce una alteración de la identidad de las Universidades creando condiciones semejantes a las de un “supermercado”, donde el estudiante es cliente, los saberes una mercancía, y el profesor un asalariado enseñante””.

Además, se les asigna a las universidades públicas una función netamente económica, en tanto se apela a la formación de recursos humanos como nueva tarea de éstas, así vemos el creciente interés de las corporaciones multinacionales, por “apadrinar” escuelas secundarias y Universidades, argumentando que hacen un bien social, para luego llevarse a sus empresas a los estudiantes con mejores promedios.

Por otra parte, la definición de calidad de Mollis se contrasta con la visión de calidad netamente económica que promovieron los organismos financieros internacionales. Dice la autora:

“Es necesario y urgente descontaminar el concepto de calidad de las connotaciones de la calidad total, de la lógica financista del rendimiento y de una eficiencia desvinculada de la excelencia académica (...) La universidad no sólo produce los conocimientos técnicos y científicos necesarios para el desarrollo del país: sobre todo debe producir saberes necesarios para una construcción democrática, más justa y equitativa”. (Marcela Mollis; Las Universidades en América Latina ¿Reformadas o alteradas? CLACSO 2003).

Parafraseando a la autora, podemos afirmar que el concepto de calidad tiene un significado social, ético y humanista que se ha perdido en aras de responder a la lógica financista del rendimiento.

Por tanto sostenemos que es necesario romper con la racionalidad instrumental de las reformas en el Sistema Universitario del Neoliberalismo y con la concepción de calidad asociada al rendimiento, para construir una Universidad en la cual se recupere en su enseñanza un significado social, ético y humanista.

Si bien es evidente que tiene que existir un desarrollo profesional y laboral para el graduado, proponemos que se piense a este desarrollo en otra dirección distinta a la actual. Hoy desde la Universidad no se piensa a la **sociedad** como colectivo humano, como construcción conjunta e histórica y por tanto en la ética economicista imperante, cuya base es la violencia, lo público y el bien común no son valorados primordialmente. Sólo importa el desarrollo individual de cada cual, su “éxito” y su “mérito”; de esa manera los vínculos humanos y el tejido social se van socavando día a día.

Si en cambio se transmitiera desde la Academia el valor de “lo público”, como lo que es de todos, lo compartido, lo que se hace gracias a la labor conjunta, si se enseñara el valor de la sociedad como construcción humana histórica, otra orientación y dirección podría regir en las carreras universitarias. Entonces, cada estudiante podría pensar en desarrollar desde su futura profesión una acción humana transformadora y solidaria con el resto de los sectores sociales. Sin duda que para que esta perspectiva de valorar a lo público, lo humano y la construcción de la sociedad como conjunto, por encima de lo estrictamente economicista, individual y meritocrático, hace falta un fuerte “cambio cultural” y ese cambio cultural puede comenzar desde los claustros académicos, transmitirse al estudiantado y a los graduados, y desde una tarea interdisciplinaria volcar este cambio cultural y ético al resto de los sectores sociales.

Pensar este cambio cultural en función de consolidar una *ética humanista*, cambiaría fuertemente el sentido de los conocimientos que adquieren los estudiantes durante sus estudios. Así, un estudiante de abogacía pensaría en cómo capacitar y trabajar por la defensa de los Derechos Humanos, un estudiante de Medicina pensaría en cómo desarrollar campañas de salud pública; un estudiante de comunicación pensaría en poner en marcha medios de comunicación en distintos soportes en función de transformar la sociedad para ayudar a otros y para contribuir con la evolución humana, comunicando todo en esa dirección; un estudiante de economía intencionaría en formar cooperativas y redes de economía solidaria; un estudiante de arquitectura colaboraría con el diseño y construcción de viviendas aptas para vivir dignamente para todos los seres humanos; un estudiante de Ciencia Política pensaría en desarrollar propuestas de políticas públicas

para generar igualdad de derechos y oportunidades para todas las personas sin distinciones; un estudiante de Ciencias de la Educación pensaría en desarrollar un nuevo paradigma educativo donde el desarrollo humano integral sea el fundamento. Y así siguiendo, dado que es posible pensar en todas las carreras universitarias y en toda producción de conocimiento, donde el sentido y moral que orienta sea el de contribuir al desarrollo humano y a la construcción de una sociedad verdaderamente humana.

En este sentido, podemos remitirnos a lo que afirma Roberto Cañas-Quiros, en su texto “Ética general y ética profesional” donde el autor afirma que “la profesión tiene como finalidad el *bien común* o el *interés público*. Es más, nadie es profesional, en primera instancia, para sí mismo, pues toda profesión tiene una dimensión social, de servicio a la comunidad, que se anticipa a la dimensión individual de la profesión, la cual es el beneficio particular que se obtiene de ella.”

El autor propone que al término "profesión" debe asociársele la idea de "servicio", ya que al hablar de las profesiones, existe una conexión entre la práctica profesional y la *vocación* que se tenga hacia ella. El predominio de los intereses egoístas, el afán de lucro y la ciega obtención de las utilidades, significan la manera de desvirtuar y degenerar la profesión, lo que tan bien vemos reflejado hoy en nuestra sociedad, donde al estudiante se le hace creer que para “ser alguien” debe conseguir un buen puesto en una multinacional, o desarrollar alguna empresa heredada que genere altas ganancias.

Si se asocia la profesión con el sentido de generar un bien común, a través del trabajo, cada individuo de acuerdo con su vocación y aptitudes, se transformará a sí mismo y a la realidad existente, proyectándole sus valores humanos. Debe atenderse que el verdadero sustento de una profesión es la condición de *persona*. En el momento en que separamos nuestra humanidad de la profesión es cuando se termina privilegiando únicamente lo económico y lo material, y engendrándose una alienación en la que el trabajo se vuelve una mercancía, vendible al mejor postor

Por lo tanto, proponemos que desde las distintas carreras universitarias, se oriente al estudiante sobre la cuestión ética, sobre el sentido de adquirir conocimientos, y sobre la utilización y la orientación que se le darán a esos conocimientos en el mundo.

Es necesario que al graduarse los estudiantes se realice un Compromiso Ético, para que esos conocimientos sean puestos en función de la vida humana, del cuidado del medio

ambiente y de la evolución histórica; y no al servicio de la destrucción, las guerras, la explotación y los voraces intereses financieros.

Muchos estudiantes se preguntan, antes o durante sus carreras, para qué estudiar, cual es el sentido de estudiar una carrera universitaria. Muchas veces esa elección se hace por esa valoración economicista, para poder encontrar un mejor puesto de trabajo, para cumplir con una obligación familiar, o por cualquier otra razón externa a los registros de esa persona que decide estudiar. **Por lo que proponemos que se establezca una materia en todas las carreras que ayude al estudiante a reflexionar sobre el sentido de estudiar, y que se proponga una ética humanista en todas las carreras universitarias, sea de ciencias sociales, naturales, exactas y de todas las disciplinas, si se quiere contribuir a la transformación de la sociedad y a dar un salto de la humanidad en este complicado contexto histórico. Todas estas Disciplinas deberían tener como trasfondo y esencia a una Etica Humanista que considere al ser humano como valor central, pensando en su desarrollo integral.**

Proponemos que se generen Cátedras y Contenidos Humanistas en las Universidades, para que los futuros cuadros sociales que forma la Educación Superior construyan una sociedad verdaderamente humana.

Proponemos que desde la Educación Universitaria se contribuya a generar un Buen Conocimiento, ese conocimiento que lleva a la justicia, a la reconciliación y a descifrar los signos de lo sagrado, tal como propone Silo en su Mensaje.

Iván Novotny

15/11/08